

# SUPLEMENTO FEMENINO

## DE

# EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooooooooooo Mahón, 6 de Noviembre de 1924 ooooooooooooooooooooo

## La vida es... emoción

Por la Condesa del Castellá

Aquella grave sentencia del «Eclesiastés», que yo os citaba el viernes último, al hablar de las «Juventudes desencantadas», necesitaría comentario, sino fuese tan clara su significación. ¿Queréis nada más terminante que su concepto de los «niños-ancianos» y de los «muertos-vivos»?... En el mismo texto se encuentra otra frase profunda: «¡hay niños de cien años!» Sí. Hay hombres que nunca llegan a la madurez espiritual, a la completa posesión de sí mismos, ni de sus facultades morales. Son inteligencias limitadas y corazones egoístas—de carne solo—y que nunca saldrán del infantil resabió!... Y si estos «niños de cien años» son una mayoría, ¿cómo no han de ser de suyo... «desencantadas» las mujeres?

Pues qué ¡al lamentar la condición espiritual de tantas almitas femeninas, habríamos de callar la culpa y responsabilidad que incumbe a los hombres del día? ¿No están ellos hoy por debajo del ideal de las mujeres menos exigentes? Ved que sólo aludo al «ideal», sin complicaciones; al más natural y humanísimo, de desear, que el hombre sea: HOMBRE, y no... «un niño... de cien años». A la mayor hombría corresponde una mejor y más sincera feminidad; ¿véis... la razón patente de tanta mutua desilusión, de tanto desencantado despecho?... Pero... es este otro modo de desencantarse, que yo estimo fruto amargo del más hondo de los desencantos: el desencanto de no poder vivir... es decir: ¡pensar, sufrir y amar!... Ese es el desencanto que atenaza a las «Desencantadas» mujeres turcas del libro exquisito de Pierre Loti. No el desencanto de lo que fueron o serían; el de no poder ser. De ese quise hoy demostraros la intensa melancolía que deja las almas «inmóviles»!... y, como aquellos «muertos-vivos» que decíamos al empezar.

Cuando se sabe que el sentido de la vida es... la vida misma, se sabe que la vida es... emoción, y ese es el único problema grande para nosotras las mujeres. ¿Que hay radios de acción inmensa y varia? ¿Que las ideas más abstractas pueden incorporarse, encarnarse, como quien dice, en nuestra vida? No lo dudaremos nunca; pero para nosotras, la mayor verdad es sentimiento, y por lo tanto emoción. Descomponed su sentimiento y nos daré: virtud, gracia, sacrificio, bondad, belleza, afectos, lágrimas, sonrisas, «Feminidad».

Eran las tres damitas, desencantadas—de Loti—jóvenes y lindas, nobles y opulentas, al parecer felices... pero sufrían de un desencanto inicial—casi atávico—de una frustrada aspiración muy intensa y de un sedimento inútil de energías sin objeto, y eso había de serles funesto. Como véis, estas tres «desencantadas» no eran como las de mi último artículo, no. Ni eran las tristes, las viejas, las enfermas; las que luchan por

la vida... tampoco. En la lucha por la vida y en los grandes dolores hay algo augusto que sostiene y nos absorbe; una noble amargura que dignifica y ocupa... En la melancolía de algunas mujeres que declinan se observa una piedad, una simpatía y una adivinación de las cosas, que les presta un encanto—de atardecer—innegable. Tienen una suave sugestión del pasado... y como supieron el sentido de la vida, que es dolor, conservan encendidas sus almas; como esas lámparas de alabastro un poco veladas que arden de lejos y en la noche...

En cambio, las que malgastan los cotidianos dones, de linaje, belleza y fortuna... y que perdieron sus años en mezquinos sentires y fútiles pasatiempos, sin ver a nada elevado, grande, espiritual y bueno, fuera de su egoísta mundanidad, ¿no os parece que han malogrado lo mejor de la vida y que no pueden considerarse, dentro del ideal femenino, que soñaron las tres damitas turcas, de Loti?

Ellas han presentido la necesidad del... dolor y su educadora y sagrada influencia espiritual. No rehuyen el dolor de «vivir»—como... las juveniles desencantadas de occidente—; más bien lo apetecen: lo buscan, dentro de su idiosincrasia oriental y... pagana. ¡Ahl! ¡la inarmónica inmovilidad que os señalo! La indiferencia de tantas vidas—de hombres y mujeres—falsas inútiles, egoístas, mezquinas, la culpable pasividad que significa no ponerse al paso y ritmo de una humanidad electa y providencial, cuya emoción deriva como ondas musicales, hasta formar el acorde de la idea y de la vida, que es carne redimida y espíritu santificado...

Gentiles lectoras, que formáis quizá en el grupo de las «desencantadas», ¿Cuál es vuestro desencanto? ¿Sois las que tienen el tedio fermentado de las ciudades pecaminosas? No seáis como el capullo, verde y ya marchito, natural resultado de decadencias y morales abdicaciones. No viváis de espaldas a la vida que se os ofrece... ¿Seríais como las «desencantadas» y jóvenes turcas? Las de la aspiración imposible, las de energías sin objeto; pero... no es posible que vuestra vida de cristianas, libres, tuviese esa belleza dolorosa que nos describe Loti.

Si fuérais... las de «almas inmóviles», ante la vida que parecen aguardar que el dolor brutal las despierte o que el monótono vegetar las atrofe... yo os diría, «a cau d'orella» y maternalmente: ¿Sabéis que lleváis un gran tesoro en las manos? ¿por qué llevarlo en vaso tan frágil y cerrados los ojos... por el sendero desconocido? ¿Sabéis que lleváis como una ofrenda inútil vuestra magnífica «juventud»? ¿Y puede haber mayor bien, y cabe fuerza ni prestigio de más intensidad? Entonces... ¿por qué no movéis vuestras almas hacia la emoción verdadera de la vida?... No me digáis con la voz del desencanto: ¿para qué? Para que viváis. Vida intensa, que es utilidad, belleza, armonía y sentimiento... ¡emoción al fin!

No creáis que importe a las mujeres saber muchas cosas, ni el conocer mu-

chas ideas con un ánimo indiferente, como inmóvil y sin calor de voluntad. Lo que conviene es adueñarse, asimilar y «entrañarse» de alguna cosa que bien conocida luego se ama. Eso... es el «entusiasmo», la «luz interior», que yo os decía: la que ilumina y descubre la vida, que vale pena de ser... vivida... con un alma encantada y generosa...

(De Las Noticias)

## La Moda en París

### Los trajes-abrigos

No hay nada tan cómodo para los días fríos como el traje-abrigo, que a la vez viste muy bien y es fácil de llevar. Su línea debe ser absolutamente derecha. Menos largo que anteriormente.

Bajo este orden de ideas existen dos estilos, que gozan del favor general.

Ciertos modelos consisten en una chaqueta bastante larga que se abre como se quiere, para dejar ver un chaleco de tejido fantasía con dibujos originales.

Hay otras chaquetas que disimulan delante una túnica bastante amplia y con bordes de piel.

En algunas creaciones hemos visto panales cosidas en el costado que pueden cerrarse como si fuera un abrigo, o bien abrirse para dejar ver el delantero del vestido, que debe ser de un color que haga contraste y abotonado de arriba a bajo.

### Los vestidos de mañana

La cualidad esencial de un vestido de mañana es ser simple, y su gracia ha de ser debida a la línea, pero no a sus adornos.

El kasha natural triunfa. Se adorna con líneas de botones, entredoses y efectos de bolsillos. (Hemos visto un modelo con cuatro.)

Puede escogerse un color natural o cobre claro.

Ya que hablamos de colores, diremos también que se puede hacer de dos colores: por ejemplo, una túnica de paño verde oscuro abierto adelante sobre un fondo abotonado de paño beige.

¿Queréis algo más elegante? Popelina color azul marino, con galones brillantes de seda o de metal, o también adornado con filetes rojos con un poquito de oro. Sin embargo, no obstante la observación que hacemos al principio de esta crónica, hay quien desea estos vestidos con mayor fantasía. Para tal caso, póngase sobre un vestido simple algún adorno imprevisto, por ejemplo: sobre un vestido negro, una gran punta de crespón encarnado, que nazca en el cuello y termine en la falda, atada con una brida de satén. Esto es muy nuevo.

### Pliegues y godets

El plissé, que fué siempre favorito de la mujer, sigue gozando de sus preferencias. No obstante, hay quien pretende que su boga ha pasado, pero nosotros nos permitimos asegurar que no es así. Es verdad que hoy día se hace algo menos, pero siempre le quedan amigas fieles que nunca lo abandonan. La mo-

da actual lo exige algo más ancho y dispuesto en grupos, sea en los bajos de una falda o bien en el cuerpo de un vestido sencillo, con grandes plastrons.

Además, muchas veces, el interior de los pliegues se forra de tejido de color más vivo o con un bordado multicolor y metálico.

Esto deja verse al andar, y produce un efecto de rara originalidad.

Los plastrons gozan hoy de la mayor boga que han conocido. Se hacen de puntilla, de peletería, de terciopelo o de muselina de seda.

Los godets ondulados y volantes en forma, gozan igualmente de gran favor. No obstante, la mayor preferencia es para los plastrones vueltos, ya que con ellos se obtienen efectos muy bonitos. Por ejemplo: sobre un vestido de satén pueden ponerse plastrones de seda mate, que deberán armonizar con los del abrigo.

### Algunos detalles

La manga estrecha y larga, ajustada al brazo, se impone cada día más, pero no impide el éxito de la manga larga y abierta, que en ciertos vestidos cae en godets desde el hombro.

Sobre los abrigos, las mangas son casi siempre muy anchas y están adornadas muchas veces con piel en la manga; pero debemos citar ciertos modelos que tienen una gran punta de piel que llega hasta el codo.

Este año, más que nunca, se ven muchos cuellos de piel, los cuales son, generalmente, estrechos, y se anudan delante en forma de corbata. También hay el cuello-écharpe con una de las puntas tiradas hacia atrás. Otros cuellos de revés, muy anchos, caen graciosamente sobre el abrigo, dejando ver los primores de un vestido cerrado hasta el cuello.

El escocés, como adorno, se emplea muchísimo, así como también el kasha, la dubetina y el tafetán, pero deben escogerse de colores que se armonicen con los del vestido o el abrigo. El escocés clásico es rojo, verde y azul.

### Grandiosa innovación

Las mujeres originales, las que se llaman «lanzadoras de la moda», muestran a veces una audacia que, lejos de suscitar críticas, no merecen sino cierta admiración, ya que no hay que olvidar cuán grande es el riesgo de sus aventuras, pues muchas veces se ven sumidas, si no en el ridículo, por lo menos en el desdén de quien las contempla.

Cuando el écharpe estaba en su gran boga, había mujeres que ostentaban dibujos de un atrevimiento sin límites, y eran a veces criticadas; pero más tarde hemos visto esta prenda en la generalidad de las mujeres, y ya deja de parecernos extravagante. Hoy que el écharpe, por haber caído en el dominio de toda mujer, por modesta que sea, deja de ser atavío de las que pretenden ser modelos de elegancia, tenemos ocasión de conocer una nueva fantasía, que en cierto modo nos recuerda los clowns de circo.

Esta consiste en una corbata enorme, con un lazo no menos desproporcionado, hecho de la misma tela que el vestido.

No podemos decir que son muchas



corbatas las que hemos visto, pues solo tuvimos ocasión de contemplar dos, que debemos confesar que no nos han disgustado. Una era de velo de seda impreso, y la acompañaba un vestido del mismo tejido. La otra, de crespón de China blanco, con un vestido negro de adornos blancos.

No podemos negar que esto es algo exagerado, pero tampoco esta vez podemos decir que sea feo, y es fácil que esta innovación haga carrera.

**El tres-prendas**

Este género de vestido tiene este año un éxito sin precedentes.

Tres-prendas... Yo no sé por qué se le llama así, puesto que solo tiene dos... el abrigo y el vestido. Pero, en fin, los costureros han querido darle este nombre, y son tan caprichosos, que contrariarlo sería perder el tiempo.

El tres-prendas es hoy la «toilette» parisina por excelencia.

El abrigo se hace derecho y clásico, de corte tan masculino, que cualquiera diría el abrigo de nuestro esposo, algo reformado.

Otras veces deja esta forma y se permite una fantasía singular.

Verdad es que la mujer verdaderamente elegante prefiere este año el abrigo Directorio, con pelerinas cortitas que casi cubren solamente los hombros.

No obstante, debemos aconsejar el abrigo de terciopelo o de ottoman para la tarde, por ser el más apropiado para acompañar las «toilettes» más serias.

En estos abrigos, los adornos de piel son los más propios, y se pueden emplear toda clase de pieles, sin excepción.

El forro debe preferirse del mismo color que el vestido, y hasta, si es posible, de la misma tela.

Existe también el tres-prendas que se aproxima al traje sastrero y el tres-prendas de cena, muy lujoso y admirado.

**LOS SOMBREROS**

Información de la casa MODAS MAJÓ

No es solamente una prenda, tiene también su fisonomía el sombrero.

Ello nos lo sugiere la invasión de sombreros de fieltro que, influenciados por el Postillón, amenazan destruir la elegancia femenina.

Cierto que el sombrero de fieltro, en sí, resulta interesante, pero no lo es menos que ello es indiscutible sólo al adaptarlo de muy distinta manera a como se le quiere entronizar.

Toda innovación en la moda, al industrializarla, al adocenerla, pierde el encanto de su concepción, por lo mismo que le roba a la mujer su valor característico personal para transformarla en un número.

Ello es lamentable bajo el punto de vista de la estética social, pues que así uniformada la mujer ve confundida su silueta con todos los planos y estados de una sociedad.

Faltan de estética los sombreros de fieltro y tallados con molde único, por lo mismo que todo adoceneramiento resta personalidad a quien le usa y también porque la rigidez de sus líneas, la falta de coque tería y gracia imprimen al rostro una dureza de expresión y una rigidez muy poco femeninas.

La elegancia de la mujer, y en muchas ocasiones y aspectos el secreto de su encanto, consiste en aceptar y cultivar discretísima y conscientemente un «cachet» personal en sus atavíos y jamás olvidarse hasta admitir el adoceneramiento, como por desgracia pudiera ocurrir, de aceptarse la errónea tenden-

cia y que con fines meramente industriales se pretende imponer.

Por ello las grandes «creatrices» parisinas de la moda, las casas María Guy, Talbot, Marthe Régnier, Lewis o Caroline Reboux, excluyen totalmente de sus colecciones los sombreros rígidos, moldeados, ya que en sus manos el sombrero de fieltro queda radicalmente transformado para que nuevamente la mujer adquiera personalidad propia, ya que del primitivo fieltro resta sólo la calidad del género y su forma adaptada a cada tipo y cada figura gracias a una acertada confección, ofrecen a la mujer un marco apropiado donde pueda realizarse la belleza y gracilidad femeninas.

Como lógica consecuencia de lo que llevamos expuesto, en las colecciones citadas y en general en aquellas otras de reconocida solvencia en el gusto, desaparece ya de la confección, la uniformidad de género.

Si en los meses de Agosto y Septiembre, época aún de excursiones, usóse el sombrero «faconne», totalmente en fieltro, húyese en la actualidad de semejantes sombreros, para dejar su puesto a otros combinados con terciopelo, y siempre, desde luego dentro el círculo de las múltiples variantes de la moda actual.

**La ropa interior de la mujer**

Si la ropa interior femenina no sufre cambio alguno en sus reformas, debemos observar que en cambio en los adornos se busca mucha novedad.

Así, pues, describimos aquí algo que no será difícil reproducir por medio de las frágiles manos de nuestras lectoras.

Todas conoceis el encantador efecto de una guirnalda de flores al destacarse sobre un tejido, gracias a un calado que marca los contornos.

Pues no hay sino cortar sobre el mismo tejido, pero de colores más vivos, flores, hojas, etc., y aplicarlas en el revés de una tela bastante transparente por medio de un calado.

El motivo escogido podrá verse en la transparencia y su color se adivinará con más o menos precisión en el calado.

Esta idea se aplicará perfectamente a una tela de linón sedoso, o a una tela de algodón fina en la ropa simple, y para la ropa de lujo podrá emplearse el crespón de Chinn o el velo de seda.

La aplicación podrá ser verde, encarnada, amarilla-limón, etc. En fin, lectora, dejemos a tu gusto refinado combimar bajo esta idea lo más precioso que se adapte a tu persona.

**UN CUENTO PARA TÍ**

**EL ÚLTIMO FLIRT**

I

Tiempo hacía que Don Paco, nos había ofrecido contarnos un pasaje de la historia de su vida, pero nunca se decidía, pues aunque locuaz, culto, de amena y agradable *causerie*, era también un hombre de profundo buen sentido, que sabedor de la diferencia en las edades que entre él y nosotros, sus contertulianos existía, gustaba más de escuchar nuestras alocadas conversaciones, nuestras anécdotas e historietas de amor que hablar en pretérito de lo que él había sido, dominándole constantemente el temor de que a ridícula jactancia se nil, atribuyéramos sus narraciones del pasado.

Había llegado Don Paco a nuestra tertulia del Café de X de una manera

insospechada. Asíduo concurrente, a aquel local, ocupaba siempre una mesa contigua a la que nos reuníamos los camaradas de juventud, mesa marmórea que convertíamos en tribuna, desde la que nuestras fantasías de estudiantes desbocaban en extrañas y aun no bien comprendidas ideologías, sobre cuyo tablero vertíamos el optimismo de nuestras ilusiones o el amargo desencanto de nuestros primeros fracasos. Todas las noches era Don Paco nuestro auditorio. La simpatía de su rostro bonachón y alegre, lo cuidado de su indumentaria allanaronle el camino y los informes reservados que nos suministró Luis el camarero, nos llevaron en conocimiento de que se trataba de un rentista, que vivía plácidamente los primeros años de su vejez, buscando siempre el placer de no molestar ni ser molestado.

Entre él y nosotros establecióse una corriente de simpatía y un día, mejor dicho, una buena noche, Don Paco pasó a ocupar puesto de camarada en nuestro cenáculo, siendo desde entonces nuestro compañero, guiándonos en muchas ocasiones con sus cuerdos consejos y animándonos siempre, con su ejemplo de hombre que vive el momento feliz, de no ambicionar nada, de sentir dormidas o muertas todas las ansias que consumen febrilmente a la juventud, que son a la par yugo y acicate.

Aquella noche conversamos de todo. Ajenos casi a la promesa de Don Paco dejábamos pasar los minutos y las horas en charla insustancial y ñoña. El tedio comenzaba a hacer presa en nosotros y amenazaba disolver la reunión cuando Don Paco recogiendo una alusión de uno de nosotros, se aprestó a hacernos la revelación del «mayor fracaso de su vida», como el mismo enunció, y lentamente, como quien después de un sueño va recordando las imágenes bellas que en su mente ha concebido, comenzó la narración que callados y atentos escuchamos y que únicamente en obsequio a tí, lectora de EL BIEN PÚBLICO, transcribo, ofendiendo quizá la reserva de mi amigo, de mi buen amigo, al que debo excelentes consejos de sabio mentor.

II

En aquel entonces, amigos míos, no era yo, la ruina de ahora, que se sostiene a fuerza de puntales, y obras de conservación, que aun cuando no rejuvenecen sostienen; no era tampoco un adolescente pues ya había contado los diez lustros, aun cuando a mis amigas procuraba siempre escamotearles lustro y medio por lo menos, que en esto de las edades no han dicho nunca las verdades, ni la mujer ni el solterón impedito. No era yo de los recalcitrantes; antes al contrario, mis deseos han sido siempre los de traspasar el umbral del celibato, pero unas veces quedábame en el dintel, por conocer a tiempo a la elegida y otras no pasaba del recibidor por temor a no saberla conocer nunca. Os lo confieso: esto de casarse con una mujer a la que se conoce demasiado o que tenemos el convencimiento de que no llegaremos a conocer nunca, me infundía un pánico que malograba mis mejores propósitos. Pero...

Vamos a la narración del mayor fracaso de mi vida que os he ofrecido. Fue en el verano del 190... Invitado por mi amiga la condesa de Z. a pasar la temporada de verano en su finca de Gibralfalla, allá me fuí y en el espléndido y confortable hotel me instalé en compañía de otros amigos, que como yo le huían al spleen, buscando la diversión llevándola al mismo tiempo a casa ajena.

Éramos muchos los invitados de ambos sexos, (gorriones diríamos hoy) pero

de entre ellas sólo una llamaba mi atención, atraía constantemente mis miradas, era objeto en fin de mi admiración que cada día iba *increscendo*, hasta que me seríamente, ser a mis cincuenta años víctima de una de esas pasiones que mod rnamente a lo Landré. Tratábase de la señora de H. viuda en segunda nupcias y que por su hermosura, su juventud y por tercera vez, cubrir sus doradas con la toca de alivio, con parlachin ribete blanco, que parecían cirnos a los hombres: Disponible.

Pronto se percató ella de la admiración que le profesaba y en los paseos por la playa, en las excursiones por el mar, en nuestras veladas venecianas, paseando en lanchas por las tranquilas aguas porteñas, en las noches verbales en las terrazas del hotel de Gibralfalla, a todas horas y todos minutos, me daba mi admiración con miradas verdaderas, acariciadoras que tenían la virtud de enloquecerme como jamás en las conversaciones eran siempre un torbellino de floridas palabras y de intenciones que al querer descubrirse más se descubrían. Ella, dábame pie y yo cada día desahucado con mayor fogosidad, sentíame apasionado y estaba a punto de hacer una declaración en toda regla, pues firmemente decidido iba derechamente al yugo creyendo que al fin había encontrado la mujer que durante diez años había andado buscando sin hallarla.

Un atardecer, hora que mi romanticismo cincuentenario creyó propicio para la trascendental declaración, hice propósito de esperar en los jardines que circundaban la señorial mansión a la que yo consideraba como mi segunda y como colegial que espera la hora de las preguntas temidas, así esperar ver llegar a la viuda para rendirle mi vida y mi amor en un madrigal sentido que durante toda la tarde me fuí repitiendo y corrigiendo a cada mudición: por las enarenadas avenidas del jardín marchaba embelesado en mis propios pensamientos, abrumado por la dicha que en mi mente me forjaba cuando el rumor de una conversación sustrájome de mis meditaciones amorosas volviéndome a la realidad.

Cauteloso me acerqué al cenador, cuyo interior salían los rumores de palabras y curioso presté oídos y... ¡Horror! Mi viuda, bueno, la viuda del otro estaba autorizando al banquero X. para que proclamara públicamente su próximo matrimonio. El banquero era un solterón, de barba rala y ojillos de reptil, pero era rico, inmensamente rico. Había llegado hacía dos días, nunca había visto a la viuda y la elocuencia de su caja de caudales, tuvo más poderosa fascinación que mi admiración por ella y sentida.

Quedé anonadado; escondido en la umbría contemplé como altiva ella, ante el dique de satisfacción él, abandonando el cenador dispuestos a proclamar su noviazgo, su pronta unión. Todo el peso de mi ridiculez anterior me abrumaba y quedé como adormecido, hasta que el seco sonar del gong, llamando al fin de la noche, volvíome a la realidad y exclamando; ¡Es verdad, la vida es un material me dirijí al comedor para sorber entre cucharada y cucharada el mayor fracaso de mi vida. Al día siguiente pretextando un llamamiento ausenté y...

Mi último flirt me fué fatal. Matóme mi toda buena predisposición e hizo votos firmes de permanecer en el celibato y los reafirmé dos años después en Madrid, cuando una tarde en la tertineé de Apolo, en un palco, ví a mi rana de Gibralfalla, vistiendo de luto, cubriendo sus sedosas y doradas trenzas con la toca ribeteada de terciopelo blanco y saludandome muy cariñosamente con su enguantada mano.

Excuso decirnos que fué de ella con el morbo asiático. El último flirt fué provechoso para mí y si me ocasionó el mayor fracaso de mi vida la lección me fué a la zaga. Desde entonces soy invulnerable.

FRANZ

Mahón y Noviembre 1.924.

Imp. de M. Sintes Rotger. - Mahón